

LA FERTILIA.



Periódico semanal de literatura y de artes.



10 CTS.

DOMINGO 20 DE ABRIL DE 1851.

N.º 143.



A la señorita doña A. E.

Allá del vasto océano
sobre la revuelta espalda
se alza el suelo gaditano,
alfombra ostentando ufano
de rosas, jazmin y gualda.
Esa que impera potente
encantadora ciudad
de los mares de occidente,
inclina su rica frente
ante mas rica beldad.
Porque en su seno fulgura
luz de preciados colores,
brillante, mágica, pura,
mi Adela, cumplida hechura
del génio de los amores.
Angel bello de ilusion
que matas con tus enojos
mi vida, ¿por qué, si son
de vivo fuego tus ojos,
de hielo es tu corazón?

—o—

Sonaba yo: la reina de la noche
en medio de la esfera suspendida,
blancos rayos derrama
sobre la mar tondida,
que con la luz osténtase vestida
de plateada lana.

En la dorada orilla,
reposa en sueño cándido y sereno
una hurí encantadora
de negra cabellera, blanco seno
y rosada mejilla.

El mar su furia enfrena
y lame blanda y silenciosamente
la ya mojada arena;

luego con paso tardo
retira sus cristales,
dejándola sembrada de corales.
Mansamento meneas
el fresco viento las gigantes alas,
lascivo juguetea
de la hermosura con las sueltas galas,
y el ropage, que libre al aire ondea,
descubre un pié de dimension sucinta
en red envuelto de cruzada cinta.
Todo inspira placer; quietud sabrosa
reina do quiera y mágico belseño,
por eso el mundo á su placer reposa
ontre los brazos lánguidos del sueño.
Solo deidad artera,
que en su insaciable sed de poderío
una víctima mas ungir quisiera
de su fiero poder al yugo impío,
la dulce paz rehusa,
y en vela eterna con afan acecha,
armado el brazo de punzante flecha.

Es el dios del amor; en ráudo vuelo
cruza la esfera, que en su luz se baña,
llevando fijos en el hondo suelo
los ojos llenos de traidora saña.
De repente las alas arrugando
bajó á la playa dó la hermosa duermo,
miróla altivo, y de saeta estrecha
el arco preparando,
con febril alegría
estas palabras dijo que á lo léjos
sobre los mares eco repetia:

*Cándida ninfa de beldad portento,
rubi resplandeciente
de mi régia diadema desprendido,
ven á dar ornamento
á la divina frente
de tu señor Cupido.
Tierna cautiva mia,*

*inclina humilde la gentil cabeza
ante el s61io sin par de mi grandeza.*

Call6; crugiendo el arco,
la flecha despidi6 con r6cio empuje,
y el vago viento herido
exhal6 de dolor en testimonio
penetrante silvido.

Mas ¡oh raro portento!
el arma ponzo6osa,
que tan certeros brazos
al pecho dispar6ran, de la hermosa
ante los pies est6 rota en pedazos.

Irritado de enojos
el dios apenas 6 comprender acierta
lo que mirando est6, brilla en sus ojos
de la venganza el rayo penetrante,
y ya se preparaba
de nuevo 6 herir el coraz6n tranquilo
con dardo el mas punzante
de la dorada aljaba,
cuando una voz divina
vibr6 en los aires dulce, melodiosa,
como el rumor de fuente cristalina
cuando entre conchas quiebra
su corriente espumosa.

Y es el sublime acento
de encantadora diosa,
que sobre carro de flotantes nubes
cruza apenada la region del viento;
Cit6res la divina, en cuyo vuelo
el estendido espacio
brilla encendido en luces de topacio.

Baj6; la blanca huella
al posar en el suelo humedecido,
el mar dej6 la l6gubre querella,
pleg6 el viento las alas, y Cupido
con gesto reverente
hundid6 en la arena la confusa frente.

Cual abre el c6liz de encendida grana
al leve impulso de la fresca brisa
la perfumada rosa,
as6 del labio, que venturas mana,
desplegando la diosa
el preciado carmin, cruz6 la esfera
celeste voz, de m6gica armon6a
como los cantos del divino Apolo,
acento que dec6a
estas palabras que escuchar se dejan
del uno al otro polo:

*¡Porqu6 tu mano emplea,
ni6o Cupido, la fatal ponzo6a
de la amorosa tea*

*en lastimar el alma tierna y pura
de tan rara hermosura?*

*Si ese cendal que ante tus ojos ci6es
contemplar te dejara su belleza,
poniendo tus enojos en olvido,
te ofrecieras rendido
tus glor6as, tu poder y tu grandeza.*

*Depon el ce6o adusto,
y de tus iras el rigor no astija
6 esta entre mil mi predilecta hija.*

*Y t6 retrato fiel de los encantos
que al cielo darme plugo, aquesta prenda
recibe de mis c6ndidos amores,
ella tus pasos llevar6 por senda
que vistan frescas, matizadas flores.*

Y prendi6 en la cintura
de la rara hermosura
el sacro ceste de las gracias nido,
el talisman precioso
que 6 Juno devolviera
de J6piter ingrato los amores,
llorados sin reposo
en crudos tiempos de desdicha fiera.

Cupido en tanto de sorpresa mudo
6 los pi6s de la hermosa colocaba
prenda segura de eternal concordia:
el arco, las saetas y la aljaba.

—o—

Despu6s, Adela, ¡ay de m6!
huy6 mi ilusion primera,
porque al verte comprend6,
que el 6ngel que en sue6os v6
el 6ngel de mi amor era.

Si, mi bien, t6 eras la hermosa,
que orillas del mar dorm6a,
la de la veste graciosa,
que el ala voluptuosa
del fresco viento mec6a.

T6 de V6nus la elegida
por hija cara entre tantas,
t6 la que el arma homicida
del amor viera rendida
ante sus divinas plantas.

Por eso amante pas6n
no te d6 crudos enojos,
por eso, Adela, aunque son
de vivo fuego tus ojos,
de hielo es tu coraz6n.

J. R. y B.



Nueva compañía lírica.

Cada día está dando la empresa del Circo nuevas muestras de su deseo de complacer á los concurrentes, levantando este coliseo á mayor altura de la que podíamos prometer-nos, siquiera tenga que hacer para ello no cortos sacrificios. Y hablamos así con motivo de haber sabido de una manera indudable que acaba de ajustar el empresario del Circo una compañía de ópera muy superior á la que era de esperar para un teatro de tercer orden. Esta compañía comenzará sus funciones dentro de ocho ó diez días, haciendo de ella parte algunos artistas apreciables, y que aun en el teatro Principal han sido escuchados con gusto. La simpática señorita Albini, y el grato señor Sínico son dos de los principales cantantes que compondrán la nueva compañía del Circo, compañía muy aplaudida en el teatro de Almería, de cuya ciudad habian salido á la hora esta, si es que no han llegado á Cádiz, donde se les espera.

Como la temporada que han de trabajar en el Circo es precisamente la misma en que estará cerrado el teatro Principal, á causa de la gran obra que en él se está ejecutando, es de creer que no dejo de estar muy concurrido de todas las clases de la sociedad, tanto mas, cuanto que el empresario sabrá alternar las funciones dramáticas con las líricas, consiguiendo de este modo dar gran variedad á las funciones y satisfacer los muy diversos gustos del público.

Muy escogido, segun nos aseguran, es el repertorio que tiene la nueva compañía. *La Lucia*, *El Barbero*, *El Hernani* y otras partituras de gran mérito serán oídas ahora en el Circo, cosa de que estábamos muy lejos los concurrentes á este coliseo.

El señor Gil y Zárate.

El miércoles de esta semana debe llegar á Cádiz el escelentísimo señor don Antonio Gil y Zárate, una de las mejores lumbreras de la literatura moderna, uno de los hombres mas distinguidos de nuestra nacion, así por su fecundo ingenio como por su vasto saber.

El autor del célebre *Guzman el Bueno* es uno de aquellos raros hombres de letras que no se han contentado con ocupar un puesto eminente en la república literaria, sino que han cultivado al propio tiempo las ciencias físico-matemáticas. Solo así se comprende cómo fuera capaz de concebir un plan tan vasto como el vigente de Estudios, obra que aun cuando todavia adolezca de algunos defectos, que solo el tiempo puede corregir, ha sido, á no dudarlo, un gran paso dado en la senda de la enseñanza, no solo porque ha metodizado el estudio y creado para las artes nuevas é importantes escuelas, sino porque ha sabido ennoblecer y elevar el profesorado, estimulando de esta suerte á todos los hombres de ciencias á que adelanten en sus respectivos conocimientos, para que con ellos progrese la civilizacion de su patria.

ROSAMUNDA.

FRAGMENTO VENECIANO.

¡Rosa del mundo! ¡flor de Italia! ¡estrella luciente de Venecia! hé aquí los títulos que con entusiasmo se daban en toda la ciudad á la hermosa Rosamunda de Guarini. No bien se oia el último toque de la campana vespertina, cuando se veian salir de entre las apiñadas columnas de los edificios, músicos enmascarados que, ó en rededor de estas, ó ya en góndolas colocadas en frente de las ventanas de

su palacio, fluían melodiosos y bien acordados tonos en alabanza suya; prolongando muchas veces sus serenatas hasta el alba, y encantando con ellas desde el principio hasta el fin. Los nobles suspiraban a sus pies; poetas y cantores la hacían el tema de sus cantos, y los mas distinguidos artistas de aquella época trasladaban al lienzo los atractivos, que aun hoy observa con maravilla y delicia el mundo admirador. ¡Qué gracia y agilidad en el baile! ¡qué dulzura y espresion en las notas que su voz penetrante melodiaba, y con qué rapidez recorrían sus bellos y resplandecientes ojos azules el tapiz de flores y plantas que coronaban su balcon! Aquí era donde, huyendo esquivamente las miradas de mil amantes, se aventuraba algunas veces a dejar ver detras del pintado biombo que formaban las rosas y jazmines, las bellas pinceladas de azucena y carmin con que la naturaleza habia adornado sus mejillas. Lucidos y gallardos manchecos visitaban en tropel el palacio de Guarini, y aun los príncipes se presentaban como candidatos a la mano de Rosamunda. No se le conocía a ésta ambicion de riquezas ni poder, pero parecia deslumbrada con la fama y brillante juvenil carrera, que altamente blasonaba Manfredo Camaldano, a cuyo valiente guerrero, y caballero el mas perfecto y estimado de los estados de Venecia, habia hecho dueño de su corazon. Manfredo era rama de una familia nobilísima, dotado con tanta liberalidad por la naturaleza como asperamente tratado por la fortuna. Debía a su espada la fama inmortal que habia adquirido; mas la política de la república, que era la de no enriquecer jamás a ninguno de sus defensores, le privaba de una recompensa mas lucrativa y sustancial. Con todo eso, le consideraba único heredero de un tio suyo poderosísimo, el conde de Andreas; y Rosamunda, jóven, veemente en esperar y dotada de alma elevada, aguardaba con impaciencia la época de la herencia, creyendo que Manfredo se determinaría entónces a pedirla por esposa.

El corazon de Rosamunda latía de gozo cuando Manfredo, sentado a su lado y fijando sus negros ojos en los suyos, la juraba eterno amor. Segura de su constancia, y triunfando del afecto ternísimo que dilataba su corazon, no conocia el temor ni la desconfianza, y se regocijaba pronosticando su dichoso por-

venir, bien así como el pajarillo en la primavera, la flor al nacer el sol, ó el infante en el regazo materno. En estos dias de felicidad era cuando toda la ciudad de Venecia se agolpaba apresuradamente a contemplar los hechizos de su hermosísima hija. La iglesia que Rosamunda frecuentaba, siempre estaba llena de jentes de todas clases, y los gondoleros, abandonando los fluidos versos del Tasso, crónicas inmortales de las fascinaciones de Armida, del amor de Erminia y del valor de Clorinda, cantaban los que diariamente se componian para celebrar la belleza, gracias y virtudes de la perla finísima de Italia, de la rosa del palacio de Guarini.

El fallecimiento del conde de Andreas, que acaeció en esta época, aunque ciertamente inesperado y repentino, no fijó la atencion ni ocasionó sospecha alguna. Manfredo Camaldano sucedió a su tio en el goce de sus bienes: con la posesion de un rango y riquezas semejantes, dejó pasar los primeros dias del sentimiento y luto, y voló al palacio de su amada a pedirla por esposa. Mas Rosamunda habia cambiado de parecer, y no solo no se prestó a escucharle, sino que ni aun quiso verle, sin dar razon alguna para esta mudanza repentina de sentimientos.

Lágrimas, persuasiones, ruegos y aun mandatos, fueron igualmente inútiles. Rosamunda se mantuvo inexorable. Aunque su indole habia sido siempre apacible, hasta rayar en timidez, se le noto repentinamente una firmeza ó terquedad inflexible, y aun solicitó le permitiesen retirarse a un convento; proposicion que alarmó a sus padres, los cuales se negaron decididamente a ello. Es verdad que estos se habian opuesto siempre a unirla con Manfredo, mientras era pobre; mas no bien heredó el titulo y las riquezas de su tio, abrazaron su causa con calor, condujeron a su tímida hija a sociedades y concurrencias, donde continuamente se veia precisada a ponerse en contacto con su amante.

Manfredo procuró obtener de su fria oyente, por todas las artes que el amor le dictaba, una sola sonrisa, una lagrima: mas fué sorda a todas sus caricias. No era severidad, porfia ni capricho; sino una determinacion fija, inmutable, que gobernaba su espíritu y contenia su lengua. *Nunca podré ser vuestra esposa, jamás revelaré la causa*, fueron las únicas

respuestas que pudo arrancar de sus lábios, después de horas de súplicas y quejas. Manfredo unas veces se separaba indignado é iba á bailar con alguna brillante hermosura, orgullosa de las atenciones de un joven tan galán, elegante y distinguido entre los de Venecia: otras, apesar de los elevados sentimientos de su alma, se espresaba en baldones muy amargos; ó pasando la mano por su abrasada frente, caía postrado de desesperacion. Entretanto, el color de rosa desaparecia poco á poco de las mejillas de Rosamunda, y volviéndose mas pálida y taciturna cada dia, semejaba mas bien á una hermosa estatua de mármol que á una representacion viviente de belleza femenil. Solo una vez vino á colorear por un momento un tinte ligero de carmin. Manfredo no pudiendo contener la rabia y el despecho que le devoraban, la dijo un dia con desden, que habia perdido la estimacion de sí misma, y que no se uniria á ella por no manchar el ilustre apellido de Camaldano. La sangre se agolpó en el instante á sus mejillas, el fuego chispeó en sus ojos, y lanzó sobre él una mirada aterradora por su inocencia ofendida, que penetró en el corazon de Manfredo; mas doblando este al punto sus rodillas, imploró con el acento de la contricion la gracia y el perdon de las frenéticas palabras que se le habian escapado. Rosamunda volvió á su melancolia natural, y se separó tranquilamente. Ya no volvió Manfredo al palacio de Guarini, pero no por esto cesaron del todo sus persecuciones, aunque Rosamunda se mostraba poco en público.

Rara vez en festines ó en casinos.

Mas á menudo en el confesonario, y no podia salir de la soledad de su cuarto sin sentir la inmediata proximidad de Manfredo. Salia al balcon á respirar el ambiente de la noche, y este, refrescado por las aguas del Adriático, después de pasar por entre celosías ceñidas de flores, traía á su oido los acentos graves y melosos de uno, cuya dulce serenata escuchaba todavia con placer. Si reclinada lánguidamente en una góndola cubierta, paseaba sobre las aguas que bañaban su ciudad natal, aquellos ecos tan bien conocidos venian al punto á penetrar su oido. La silenciosa góndola de Manfredo corria al lado de la suya, y la hacia sentir que solo una ta-

bla ó una cortina de seda la separase de aquel objeto, una vez tan querido, á quien habia amado tan apasionadamente, cuyo aliento era incienso para ella, cuya sonrisa alegraba su existencia, y ademas la cruel necesidad de una separacion eterna, que poco antes hubiera creído peor que la muerte; aunque entónces de buena gana habria puesto océanos y montes entre su corazon y el del desechado Manfredo.

Rosamunda, de rodillas ante el altar de su santo patrono, invocaba su amparo; y aunque su espíritu se elevaba á menudo hasta otra esfera mas resplandeciente, los suspiros y gemidos de su amante, postrado algunas veces á su lado, la hacian volver de su éxtasis. Manfredo la acompañaba en sus oraciones; y cuando por obediencia á los mandatos de sus padres, pasaba al brillante salon, por entre la luz de innumerables bujías, el esplendor de las joyas, la brillantez de las flores, y de plumas y trages ondeantes, su vista se fijaba y permanecia solamente sobre Manfredo Camaldano. Este, lleno de amor y entusiasmo, se le acercaba y consideraba feliz en respirar el mismo aire que ella, en tocar su vestido, ó en observar sus mas leves movimientos y languidez interesantes; si, todavia la miraba con un afecto vivo y casi inextinguible. Mas cualesquiera que fuesen los sentimientos secretos del corazon de Rosamunda, sus hermosas facciones, que en otro tiempo declaraban con silencio elocuente los pensamientos y latidos de su corazon, mostraban entónces una espresion triste y reflexiva. Sus ojos azules, vivos y lucientes, ó llorosos y apagados, segun que la alegría ó el dolor la dominaban, habian casi perdido su fuego interesante. El tinte de rosa que solia cubrir sus mejillas á cada palabra, á cada ojeada, se habia disipado enteramente; solo le quedaba el color inmutable de alabastro, por el cual era difícil indagar lo que pasaba en el fondo de su alma, acaso extraordinariamente agitada. Todo Venecia la contemplaba con ojos maravillados, y muchos imaginaban que los encantos de algun espíritu maligno habian perturbado su mente; porque, ¿qué podia alegar contra Manfredo Camaldano, gloria y orgullo de su patria? ¿Qué causas la obligaban á desdeñar á un joven tan gallardo, generoso, dotado de ingenio, cu-

bierto de prosperidad, y por último, el amante mas fiel y apasionado?

Por esta época fué cuando los valientes hijos de la república se vieron obligados á lanzarse sobre las aguas á causa del peligro que amenazaba á sus derechos. Pronto se vió flotar en los aires la bandera de san Marcos, y los guardias del antiguo y victorioso estandarte abatieron el ánimo de los genoveses. El immaculado esposo de Venecia, el circular Adriático, se volvió, por decirlo así, un sepulcro para aquellos cuyas osadas proas se aventuraron á violar los derechos reconocidos de la ciudad aislada. Manfredo, vencedor en aquella contienda, ciñó otra vez su frente con nuevos laureles, y saltando de su poderoso bajel á la orilla, fué victoreado por la multitud con milos de aplausos, y recibido como el salvador de su patria. Las guiraldas de flores caían en abundancia sobre la gran plaza de san Marcos, mezclándose al polvo levantado por el sinnúmero de personas que se paseaban por ella entusiasmadas y alegres. Las fachadas de las casas estaban adornadas de ricos tapices; los balcones coronados de rosas, y las torres cubiertas de banderolas y gallardetes de soda. A los victores del pueblo se mezclaban confusamente los sonidos del clarín y los platillos, el estruendo de la artillería, y el ruido de tambores y campanas; todo era júbilo y entusiasmo. El Dux, acompañado de los senadores, esperaba al héroe á la puerta de su palacio, y bajo un elevado dosel, construido al intento, estaban colocadas las damas mas principales y hermosas de Venecia. Entre esta brillante sociedad se distinguía Rosamunda por su tristeza y por su color, semejante al del lirio marchito. Presentóse al fin Manfredo; crecieron los aplausos y las exclamaciones; pero mas gozoso aun por el momento de felicidad que le aguardaba, quo por los victores y alabanzas con que le distinguían, se acercó á recibir el don mas precioso que Venecia podía presentarle, y que le fué conferido por su primer magistrado: la mano de Rosamunda de Guarini.

Pero repentinamente, un hombre de apariencia miserable y reducido á esqueleto por el hambre y las enfermedades, penetró por la multitud, y alzando su voz cuanto pudo, pronunció con acento firme estas terribles pala-

bras: *Acuso á Manfredo de Camulmano, como asesino de su tío, el conde de Andreas.* —La muchedumbre toda quedó por un momento sobrecogida de terror. El recién llegado, como aprovechándose del silencio, refirió en seguida aquel lance misterioso. *Horrible fué el hecho, añadió, y oscura la escena en que se perpetró el crimen; si, en las bóvedas de la arruinada iglesia de san Ildefonso, donde muy pocos van á orar; pero en aquella noche fatal habia dos personas cerca de la urna del santo, además del conde de Andreas, aunque ambas estaban ocultas á la vista del asesino; yo era una de ellas, y apelo á la señora Rosamunda de Guarini para que sostenga mi acusacion, pues ella era la otra.* — Los ojos de los maravillados espectadores se volvieron inmediatamente hácia el tímido ser á quien el acusador apelaba de un modo tan preciso y terrible; pero la palidez de la muerte se habia esparcido sobre su rostro hermoso. En vano acudieron apresuradamente á sostenerla; sus párpados fueron cubriendo lentamente las órbitas de sus divinos ojos... dejó caer su débil cabeza en los brazos de su angustiado padre, y entreabriendo sus cárdenos labios... exhaló el último suspiro.

ANECDOTAS.

Un duque de Portland que viajaba por el continente se hallaba un dia en una corte de Alemania y conversaba con el Soberano, el cual hablando de los alborotos populares que á la sazón agitaban la Inglaterra, le dijo: «Si yo ocupara el trono de la Gran Bretaña solo tres dias, les haria á ustedes conocer lo que es un rey. —Yo no pienso, le replicó el duque, que V. M. pudiese mantenerse en el trono de Inglaterra ni tres horas.»

—o—

Lorenzo, principe Palatino, manifestaba su estreñeza de que el emperador Sigismundo perdonaba á sus mas crueles enemigos cuando caían en su poder. «Los enemigos, le respondió el Emperador, que mueren no puedan hacer daño; teneis razon en decir que es menester matarlos; y esto es precisamente lo que hago yo cuando colmo de gracias á un

vencido; mato en él un enemigo, y hago nacer un amigo.»

—o—

El ayudante de un dentista sacó á un paciente dos muelas en lugar de una, y al quejarse insultando el mancebo le dijo esto sin inmutarse:

—Caballero, calle usted porque si mi amo lo sabe, le va á cobrar á usted las dos.

—o—

Refiriendo uno sus viajes, nombró pueblos que nunca se han visto en ningun mapa. Uno de los que escuchaban, no pudo menos de interrumpirle diciéndo:

—¿Usted no observa la geografía?

—¡Oh! en cuanto á la geografía la dejamos ya á la izquierda.

—o—

Tres aldeanos montados en burros encontraron á tres caballeros en sus hermosos caballos, y uno de estos para burlarse preguntó á los primeros.

—Amigos míos ¿cómo están los asnos?

—Caballero, respondió uno de los aldeanos, á caballo.

—o—

El cura de un lugar subió al púlpito para predicar la *vida y milagros de San-Juan Bautista*, por ser el santo del día, y dijo en alta voz:

—Amados oyentes; no habiendo llegado á mi noticia que San-Juan haya hecho algun nuevo milagro desde el año pasado acá, me refiero á lo que entonces os dije, y de este modo me ahorro cansaros con una misma cosa.

—o—

Un gentil-hombre decia para sostener la primacia de esa raza llamada nobleza, y reliriéndose á las revoluciones:

—Considerad la sangre de la nobleza que se ha derramado en las batallas.

—¿Y la sangre del pueblo? le preguntó uno; ¿pensais que es solo agua?

—o—

Una duquesa buscaba una camarera, y presentóse una para ver si la admitia; la duquesa examinó á la jóven diciéndola:

—¿Creo que sabrás peinar?

—¡Oh! señora, muy pronto; en media hora concluyo el peinado.

—¿Media hora? exclamó la duquesa asus-

tada; ¿y qué quiere usted que haga yo en lo restante de la mañana?

—o—

Un médico, despues de escribir una receta, la dió al enfermo diciéndole:

—Esto comereis mañana.

El enfermo que era algo gracioso, tomó al pié de la letra la frase del médico, y sin embargo, el enfermo curó.

—o—

El difunto doctor Fowler, inglés, obispo de Gloucester, y el juez Powel, tenían fuertes altercados sobre los espíritus malignos, brujas, duendes etc. El obispo sostenia su existencia, y el juez la ponía fuertemente en duda. Encontráronse un dia, y el juez le dijo que despues de su entrevista habia tenido una demostracion fisica que le convencia de la realidad de los espíritus malignos.

—Me agrada vuestra confesion, le respondió el obispo: esplicadme detalladamente las particularidades que la han producido. ¿Una demostracion fisica decís?

—Si, milord.

—Estando yo acostado esta noche última, me despertó en altas horas un ruido extraordinario, y sentí subir las escaleras.

—Despues.

—Despues, alarmado por este ruido, abrí las cortinas de la cama...

—Proseguid.

—Y vi una débil luz que entraba poco á poco en mi cuarto.

—¿No era de un color así como azul?

—Sí, un azul triste y opaco: la luz fué seguida de un bulto de una estatura gigantesca, un hombre en su figura, de un rostro feo y pálido, de una edad al parecer bastante avanzada, vestido de un ropage largo azul.

La luz le seguia siempre, y el cuerpo metido en aquel saco estaba ceñido de un cinturón de cuero: su barba era muy espesa, gris y de algunos dias, sus cabellos aplastados y escasos, con mechas sobre la cara, y su color de un negro bilioso: sobre la cabeza llevaba un gorro de pelo ó pieles, y en su mano derecha un palo muy largo. El terror se apoderó de mis sentidos: temblaba de manera que crugia la cama, y un sudor frio se repartió por todos mis miembros. Esta fantasma se acercó mas y mas con un paso magestuoso.

—¿Y la hablasteis?... ¿teniais algun dinero oculto? ¿habeis hecho alguna muerte?

—Yo, en fin, aunque en mal articuladas palabras, le hablé, le conjuré por todo lo que hubiese mas sagrado, me dijese de dónde venia, y porqué se presentaba á mis ojos.

—Pero, vamos despachad, ¿cuál fué su respuesta?

—Fué acompañada de tres garrotazos sobre el suelo, que hicieron temblar el edificio; y despues levantando su linterna y poniéndomela junta á las narices, me dijo que era el sereno; que subia á decirme que la puerta de la calle estaba abierta, y que si no la cerraba seria robado infaliblemente antes del dia.

Apenas el juez concluyó su narracion, desapareció el doctor Fowler sin preguntar lo demas.

—o—

Un artesano que se habia hecho bastante daño de una grave caída, contaba en un café las particularidades de este accidente. Decidme, le preguntó un cirujano que estaba presente, ¿fué cerca de las vértebras dónde os hicisteis mal?

—No, señor, responde el artesano, fué cerca del puente de Toledo.

—o—

Tuvieron un altercado bastante acalorado en un café dos particulares, y uno de ellos por vengarse tuvo la bajeza de escribir al amanecer en la puerta del otro, *infame*. Este último fué á buscarle; pero un criado le dijo no estaba en casa, y le suplicó dejase alguna palabra escrita si tenia algo de importancia que comunicarle.

—No, respondió: podeis solamente decirle que he venido á volverle su visita, porque esta mañana me ha dejado escrito su nombre en mi puerta.

—o—

Burlábase un principe de un señor de su corte, que muchas veces le habia servido de embajador. Entre otras cosas le dijo: «*Que se parecia á un buey*.» Yo no sé á lo que me parezco; replicó el personaje de quien el principe se burlaba! «Pero lo que sé muy bien es, que he tenido la honra de representar á V. M. en diferentes ocasiones.»

PENSAMIENTOS SUELTOS.

—La razon y las preocupaciones son dos líneas divergentes que no pueden encontrarse en ninguno de sus puntos.

—Una vez que la supersticion ha gangrenado el cérebro, la enfermedad es casi incurable.

—Todo lo maravilloso sorprende; y una vez preocupada la imaginacion ya no se usa del juicio.

—Mas fácil es trasladar los Andes á los arenales de la Arabia, que desimpresionar á una muger preocupada.

—Mas fácil es dudar de las verdades fundamentales de la religion, que sacudir el yugo de los temores fantásticos que los objetos esternos inspiran.

—Hay un sin número de hombres tan mal organizados que todo lo creen, menos lo que dicta el sentido comun y la sana razon, y que aborrecen la filosofia como los hidrófobos el agua.

—Un error capital cunde con mas facilidad que una verdad fundamental; porque es mas fácil creer que discurrir; y los hombres prefieren los portentos de las novelas á la sencillez de la historia.

—Aquella especie de ignorancia que consiste en hacer falsos juicios sobre las cosas, es un defecto que debe graduarse de otro modo que la ignorancia, que consiste simplemente en no saber nada. No es la privacion entera de los conocimientos lo que temerario debe; es el error.

—Los conocimientos hacen á los hombres dulces; la razon conduce á la humanidad, y las preocupaciones solas hacen que se renuncie á ella.



CADIZ: 1851.

IMPRESA DE D. FRANCISCO PANTOJA,
calle del Laurel, n.º 129.